

# AGUIRRE CERDA Y EL PENSAMIENTO ECONÓMICO

## Aguirre Cerda and the economic thinking

*Sergio Villalobos R.*<sup>1</sup>

---

### Resumen

Las transformaciones económicas del siglo XIX y comienzos del XX, conllevaron ideas sobre el desenvolvimiento de la economía chilena. Aguirre Cerda, destacado en la política y las actividades económicas, en contacto con la realidad europea y norteamericana concibió planes para el progreso del país. Publicó *El problema agrario* y *El problema minero* en 1929 y 1933. Contrariamente a lo que suele pensarse, fue en esencia un liberal. Pero asignó al Estado y a las elites la necesidad de organizar las tareas productivas para una mejor competencia en la economía mundial. Elevado a la presidencia de la república en 1939, propició una mayor función organizativa por parte del Estado y una participación activa en el fomento de la producción.

**Palabras clave:** Pensamiento económico – Agricultura – Industria – Estatismo – Biografía.

### Abstract

The economic changes of the nineteenth and early twentieth centuries, entailed ideas about the development of the Chilean economy. Aguirre Cerda, high on the political and economic activities, contact the European reality and American conceived plans for the country's progress. He published *The problem agrarian* and *The problem mining* in 1929 and 1933. Contrary to common belief, was essentially a liberal. But it gave the State and the need to organize elites productive tasks for better competition in the global economy. Elevated to the presidency of the republic in 1939, led to greater organizational function from the state and active participation in the development of production.

**Key words:** Economic thought – Agriculture – Industry – Statism – Biography.

---

<sup>1</sup> Premio Nacional de Historia y Profesor Emérito por la Pontificia Universidad Católica de Chile. Profesor e investigador de la Universidad Bernardo O'Higgins y de la Universidad de Chile. Correo electrónico: ser.villalobos@gmail.com.

## La modernidad

La figura de Pedro Aguirre Cerda y su gravitación en la política de las décadas de 1920 a 1940, no se entendería si no se considerase la situación general del país marcada por una conflictividad económica, social e intelectual, aunque generalmente ha sido exagerada. La verdad es que esos aspectos, aparentemente nuevos, eran de vieja data y derivaban tanto de la realidad mundial como de factores internos. Si bien es cierto que se renovaron por entonces y cobraron especial relieve, no se explicarían sin atender a un viejo trayecto histórico, una mediana duración que hizo aflorar posiciones críticas y envolvió a don Pedro Aguirre Cerda.

Igual que todos los personajes históricos, el destacado político amasó viejas ideas y otras nuevas que, si no fueron enteramente originales, por lo menos tuvieron gran eficacia en el plano nacional y aceleraron transformaciones importantes en el campo económico y social.

Durante el siglo XIX el país tuvo un desenvolvimiento económico debido a la conexión con la economía mundial que en Europa y los Estados Unidos experimentaba los efectos de la Revolución Industrial. El impacto fue tanto en el maquinismo como en la agricultura, el aumento de la población y la consiguiente demanda, la aceleración del transporte, los requerimientos de materias primas y la acumulación de capitales que luego se derramaron hasta los países de la periferia, acentuándose las características de una economía-mundo.

En Chile la agricultura y la minería se desarrollaron de manera espectacular. Menos importante fue el desarrollo de la industria, aunque no faltaba por completo. En la segunda mitad del siglo existían talleres industriales que producían bienes de consumo habitual: cerveza, aguardiente, galletas, aceite, harina, azúcar, jabón, cueros, calzado, géneros, muebles, carruajes y herramientas. Hacia 1880 existían 125 establecimientos industriales que ocupaban a unas 6.000 personas. También había establecimientos mayores dotados de maquinaria moderna, como Paños Bellavista de Tomé y la Refinería de Azúcar de Viña del Mar. Interesante era la existencia de astilleros que producían embarcaciones de mediano tonelaje, y de fundiciones que entregaban calderas, parte de máquinas, motores de vapor, bombas de agua, arados y herramientas. La Fundición Hardie y Cía. produjo entre 1886 y 1894, una cantidad de 1.128 carros ferroviarios y Lever y Murphy, 30 locomotoras.

El relativo auge de esos rubros llevó a la formación de la Sociedad de Fomento Fabril.

En el desenvolvimiento agrícola y ganadero, incidieron el aumento del área regada mediante la construcción de tranques y canales por parte de los particulares, como asimismo el empleo de maquinaria, como locomóviles, trilladoras y molinos.

También hubo renovación en las especies vegetales, se comenzó a emplear abonos, y se extendió el empleo de cercos con alambre de púas. Se importaron, también, razas ganaderas seleccionadas.

Es admirable que todos esos aspectos, sea en la agricultura, como en la minería y la industria se encuentren ya en la línea que propiciaría Aguirre Cerda en la centuria siguiente con mayor claridad, precisión y métodos más modernos.

Contrariamente a lo que se ha pensado, el país no estuvo sujeto a un librecomercio estricto, sino que hubo una política proteccionista progresiva y coherente, según dejan ver la legislación y las ideas puestas en juego. Existieron derechos diferenciales y progresivos, exención de impuestos de exportación a numerosos productos, bajos tributos a la importación de máquinas, herramientas e insumos y privilegios especiales a las empresas que iniciasen nuevos rubros<sup>2</sup>.

Esas experiencias coinciden en algunos aspectos con el pensamiento de Aguirre Cerda y en todo caso preparan el camino para las nuevas ideas.

### Las ideas económicas y sociales

Paralelo al pensamiento del liberalismo y en contradicción con él se desarrollan conceptos sobre la economía y la sociedad que, a partir de los desvaríos del socialismo utópico y del comunismo inicial, pronto dejados atrás, abrirán nuevos caminos de análisis.

Entre los economistas teóricos del siglo XIX nunca tuvieron plena aceptación las ideas de Adam Smith y David Ricardo, porque los resabios nacionalistas no desaparecieron y podían formularse diversas objeciones. Friedrich List en su *Sistema Nacional de Economía Política* (1841), dentro del clima de los estados germánicos que propendían a su unificación, planteaba la necesidad de un desenvolvimiento económico propio en medio de la competencia internacional. Ponía el énfasis en el desarrollo industrial, que promovería el desenvolvimiento de todos los otros sectores, minería, agricultura, transporte y servicios, siendo particularmente interesante su visión relativa al agro. A su parecer, con el fin de apoyar a la industria debían mantenerse bajas tarifas para la importación de materias primas, incluidas las de origen agrario, que no perjudicarían a esa área, pues recibiría muchos beneficios por el crecimiento de la industria y de la población.

---

<sup>2</sup> Sergio Villalobos y Rafael Sagredo, *El proteccionismo económico en Chile. Siglo XIX*, Editado por el Instituto Profesional de Estudios Superiores Blas Cañas, Santiago, 1987, p. 206.

Acudiendo a la historia, opinaba que los pueblos que habían practicado el proteccionismo habían desarrollado su economía, poder e ilustración, mientras los otros habían permanecido estacionarios o habían decaído.

Es probable que tales planteamientos llegasen a Chile directa o indirectamente y que ejerciesen influencia al poco tiempo o en la época de Aguirre Cerda.

List afirmaba, por otra parte, que la libertad política y de conciencia coadyudaban al desarrollo de las fuerzas productivas y citaba el caso de Inglaterra, donde “la publicidad de los debates judiciales, el jurado, el voto de las leyes por un parlamento, el gobierno sometido a un control público, la administración autónoma de los ayuntamientos y corporaciones, la libertad de prensa, las asociaciones con fines de utilidad pública, prestan en los estados constitucionales a los ciudadanos, como el poder, un grado de energía y de fuerza, que difícilmente se adquirirían por otros medios”.

Utilizando un poco de fantasía, podría decirse que el economista alemán estaba anticipándose a lo que ocurriría en Chile en la década de 1930.

También hubo otros autores, como John Stuart Mill (*Principles of Political Economy*, 1844) y los de la “escuela histórica”, es el caso de Roscher e Hildebrand, que afirmaron que no existía una teoría absoluta, aplicable a todos los casos, como pretendía la doctrina clásica, sino que la economía política dependía de la situación de cada país. Debía estudiarse la realidad concreta, establecer las metas y adoptar las decisiones políticas.

## Repercusiones en Chile

El despertar de un nuevo pensamiento económico en Chile fue nítido y no sólo en tiempos avanzados, sino a poco de haber comenzado la vida independiente.

En 1823, cuando aún no se consolidaba el sistema político, el ministro Diego José Benavente en su plan de hacienda señalaba que era necesario un banco de rescate de pastas metálicas y de auxilio a la industria, la creación de una caja de amortización de la deuda interna, la reforma de las contribuciones indirectas y, lo que es más sorprendente, el establecimiento del impuesto a la renta, proporcional y progresivo. Se anticipaba en un siglo.

También circuló por aquellos años la idea de crear un Banco del Estado, y la Constitución de 1823 consignó la creación de una Dirección de Economía Nacional que de acuerdo con las ideas de la época, tendría por objeto estudiar las actividades económicas y orientar las políticas, sin que el Estado participase en los hechos concretos.

Siempre se ha pensado que la influencia del economista francés Juan Gustavo Courcelle-Seneuil, contratado como asesor por el gobierno de Manuel Montt, habría sido determinante en la orientación de la política económica. Es cierto que su influencia fue muy grande, pero no en el sentido liberal ortodoxo, porque dotado de cierta ductilidad, manifestó ciertos rasgos proteccionistas, como el amparo a industrias nuevas bajo ciertas circunstancias y por un determinado tiempo<sup>3</sup>.

Si bien el francés desempeñó un gran magisterio entre los jóvenes de la época, no es menos cierto que hubo numerosos pensadores económicos que se alejaron del rigor de la doctrina clásica. La lista es de no menos de trece personajes ligados a la actividad económica, la política, el periodismo y los estudios universitarios: Pedro Félix Vicuña, Mariano Fraguero, Mauricio Mena, Domingo Morel, Marcial y Mariano Martínez, Pedro Lucio Cuadra, Román Espech, Manuel Arístides Zañartu, Julio Pérez Canto, Malaquías Concha y Pablo Arellano.

En un comienzo, esos autores se preocuparon de temas generales y abordaron materias como la creación de un Banco Nacional a través del cual el Estado debería manejar el crédito y la emisión de billetes para favorecer a los rubros de producción y alejar las especulaciones y la usura de los negociantes.

En la segunda mitad del siglo la tendencia protectora se hace más firme y entra en temas más específicos. Unas mismas ideas aparecen en casi todos los proteccionistas<sup>4</sup>. Existe, por lo tanto, una línea central de pensamiento, que constituyó la ideología económica de un grupo importante de la elite política y fue la base de inspiración de las medidas concretas de tipo proteccionista.

Un desapego frente a las leyes naturales y el planteamiento de un relativismo son el fundamento de los que disienten de la ortodoxia. Deben considerarse las condiciones locales y la etapa histórica de un país para acertar con la orientación económica. Lo que es bueno para una nación puede no serlo para otra. Se diferenciaba así la situación de Chile de la que disfrutaban las grandes naciones.

Una política protectora debía ser, en todo caso, moderada para no provocar graves distorsiones ni crear condiciones absolutamente ficticias. Era convenientes, además, aplicarla gradualmente y actuar del mismo modo cuando se decidiese abandonarla. Generalmente se pensaba que las disposiciones protectoras debían ser sólo temporales, mientras arraigaban los nuevos rubros y llegaban al estado de poder competir libremente.

---

<sup>3</sup> José Gustavo Courcelle-Seneuil, *Traité theorique et pratique d'economie politique*, Dos tomos, Editorial Guillaumin, París, 1859. En forma muy metódica el economista francés distinguía entre la economía teórica y la política económica, señalando que esta última, por razones políticas, podía diferir de los principios teóricos. Todo dependía del estado de la sociedad a la cual se aplicaba.

<sup>4</sup> Villalobos y Sagredo, *ob.cit.*, p. 206.

A medida que avanzó el siglo, el interés por la industria se acentuó debido al papel determinante que se le asignaba en la prosperidad de un país.

Los proteccionistas chilenos estimaban que debía estimularse a industrias que no requiriesen de protección desmesurada, sino que pudiesen surgir por las condiciones humanas y naturales del país. El elemento esencial debía ser la existencia de materias primas y de todos los insumos de mayor valor. También era importante que la técnica requerida no fuese de gran complejidad.

La industria generaba un mayor empleo directa o indirectamente y beneficiaba, por lo tanto, a los operarios del propio país en vez de los extranjeros. Por su demanda de materias primas, transporte y servicios, actuaba sobre los otros sectores, promoviendo su desarrollo y el de todo el país.

También seguía confiándose en el efecto civilizador y moral del trabajo y del progreso, que junto con la educación debían elevar la condición general de la población. Finalmente. Se alentaban grandes esperanzas en Chile por la abundancia de sus riquezas y el espíritu de su gente. Apuntando a la existencia de minerales, uno de nuestros economistas indicaba que teníamos todo lo necesario para convertirnos en una nación industrial: cobre, hierro, salitre, carbón y otros elementos.

La preocupación por la economía se tradujo en la creación de organismos especializados por parte de los particulares y del Estado. En 1838 se fundó la Sociedad de Agricultura, que no fue de larga duración ni efectuó labores muy importantes. En 1883 se fundó la Sociedad Nacional de Agricultura, que desarrollaría un papel de cierta importancia en su especialidad. Junto a ella se formó, además, la Sociedad de Fomento Fabril, que sirvió de consultora del gobierno y tuvo, a la vez, un carácter gremial<sup>5</sup>.

Muy importante fue la creación del Ministerio de Industrias y Obras Públicas en 1887, gobierno de José Manuel Balmaceda. Su cometido, según la ley que le dio vida, era “La protección y desarrollo de la industrias agrícola, minera y fabril y de las sociedades relativas a ellas; la dirección de los establecimientos públicos pertenecientes al Estado, que se referan a los mismos ramos y la supervigilancia de los establecimientos particulares; la organización y sostenimiento de las escuelas de artes y oficios, agricultura, minería y demás escuelas de aplicación no atribuida a otros departamentos [ministerios]”.

Debía entender, también, en la concesión de privilegios exclusivos, la reglamentación de los bosques, plantíos y distribución de aguas; la construcción y explotación de los Ferrocarriles del Estado y la vigilancia sobre los particulares; todo

---

<sup>5</sup> Juan Eduardo Vargas, “La Sociedad de Fomento Fabril”, *Historia*, N° 13, Santiago, 1977.

lo concerniente a la colonización, la confección de la carta catastral y, en fin, las obras públicas: caminos, muelles, malecones, faros, edificios, obras de regadío y desecación, construcción de líneas telegráficas y telefónicas del Estado.

La imaginación se queda corta ante ese inventario, que habría significado un enorme aparato burocrático de esta especie de ministerio de economía. Claramente se trataba de un organismo coordinador con funciones de planificación general, que concentraba diversas funciones y reparticiones ya existentes.

No obedecía a planes acabados, sino a la realización de ideas generales utilizando los elementos presupuestarios, técnicos y materiales de que se disponía.

Por sobre todo, el ministerio representaba la idea de que las actividades económicas debían ser coordinadas y merecían una fuerte preocupación.

El presupuesto de Industrias y Obras Públicas representó durante muchos años el 30% del gasto total.

Las ideas económicas llegaron más lejos aún, apuntando a la necesidad de que el Estado fuese no sólo un ente regulador y proteccionista, sino que participase concretamente en las tareas productivas de la industria.

Don José Manuel Balmaceda, en el discurso que pronunció en la Convención Liberal que lo proclamó candidato a la presidencia en 1885, en palabras improvisadas expresó: “El cuadro económico de los últimos años prueba que dentro del justo equilibrio de los gastos y las rentas, se puede y debe emprender obras nacionales reproductivas, que alienten muy especialmente la instrucción pública y la industria nacional”.

“Si, a ejemplo de Washington y de la gran república del norte, preferimos consumir la producción nacional aunque no sea tan perfecta y acabada como la extranjera; si el agricultor, el minero y el fabricante, construyen sus útiles o sus máquinas de posible construcción chilena en las maestranzas del país; si ensanchamos y hacemos más variada la producción de la materia prima, la elaboramos y transformamos en sustancias u objetos útiles para la vida o la comodidad personal; si ennoblecemos el trabajo industrial, aumentando los salarios en proporción a la mayor inteligencia de aplicación por la clase obrera; si el Estado conservando el nivel de sus rentas y de sus gastos, dedica una porción de su riqueza a la protección de la industria nacional, sosteniéndola y alimentándola en sus primeras pruebas, si hacemos concurrir al Estado con su capital y sus leyes económicas, y concurrimos todos individual o colectivamente a producir más y mejor y a consumir lo que producimos, una sabia más fecunda circulará por el organismo industrial de

la república y un mayor grado de riqueza y de bienestar nos dará la posesión de este bien supremo de pueblo trabajador y honrado: vivir y vestirnos por nosotros mismos”<sup>6</sup>.

Las palabras de Balmaceda, pronunciadas al calor del entusiasmo político, no se tradujeron en planes concretos. No había llegado aún la hora de que el Estado se transformase en empresario, aunque la construcción y explotación de los ferrocarriles ya era una realidad desde hacía varias décadas.

En todo caso, muestran el avance de las ideas.

### El pensamiento social

Paralelamente al cambio de las ideas económica, durante el siglo XIX surgieron planteamientos de carácter social que en un comienzo tuvieron un fuerte sentido utópico e ilusorio, contrastando con el espíritu realista y analítico de los economistas.

En la tendencia populista estuvieron los socialistas utópicos, Owen, Saint Simon, Fourier, Proudhon y Louis Blanc, que ejercieron cierta impresión, pero cuyas ideas crudas y directas no tendrían una influencia real. Tampoco las ideas extremas de Marx, que fueron muy poco conocidas, sin olvidar que los tomos I y II del *Capital* se publicaron recién en 1885 y 1894 y en lengua alemana.

Importante fue en aquellos primeros tiempos la visión de John Stuart Mill, que ligó los sistemas económicos a los problemas sociales. El título completo de su famosa obra fue *Principios de economía política con algunas de sus aplicaciones a la filosofía social*.

De acuerdo con esa obra, la producción obedecía a leyes naturales que no podían alterarse, pero la distribución era sólo el efecto de las costumbres y de las regulaciones y cabía, por lo tanto, modificarla. Ahí podían considerarse el trabajo, los salarios, la renta y las herencias. El simple incremento de la producción debía variar por una “mejor distribución y una remuneración más amplia del trabajo”.

En años posteriores surgió en Alemania el “socialismo de cátedra” que propició la intervención oficial con el propósito de regular los procesos económicos y alcanzar una mayor justicia social. La tendencia fue conocida en Chile a través de las obras de Gustave von Schmoller y Adolf Wagner y por la legislación social

---

<sup>6</sup> Julio César Jobet, *Ensayo crítico del desarrollo económico-social de Chile*. Editorial Universitaria, Santiago, 1951, p. 21.

impulsada en varias naciones. También ejerció influencia el socialismo evolutivo o de Estado en contraposición con el revolucionario.

En la última década del siglo XIX el nuevo pensamiento fue acogido por el Partido Democrático bajo la influencia de Malaquías Concha, cuya orientación de clase media comprendía también la preocupación por los sectores más desvalidos. Concha fue autor de *El programa de la democracia* (1894), que resumía sus ideas y las de su partido; comenzaba señalando que esta agrupación había nacido frente a la necesidad de emancipar al pueblo de la esclavitud política a que lo sometía la oligarquía, objetivo que se lograría mediante los esfuerzos del mismo pueblo a través de la educación política y la práctica de la libertad.

El autor rechazaba los movimientos violentos y se mantenía en términos más o menos abstractos, ligando la suerte del pueblo chilenos al proteccionismo económico, de preferencia industrial.

Concha y el Partido Democrático no tuvieron mucho éxito y su influencia no fue muy perceptible en el plano de las ideas ni en el accionar político.

Más importante fue el pensamiento socialista evolutivo de Valentín Letelier, que en la convención celebrada por el Partido Radical en 1905 logró desplazar la tendencia liberal e imponer el punto de vista socialista.

Desde entonces el partido de los Matta y de los Gallo se inclinó paulatinamente hacia la tendencia izquierdista, hasta llegar al triunfo del Frente Popular y de Aguirre Cerda en 1938.

Mientras tanto, la causa proletaria tomaba impulso gracias a las organizaciones establecidas en las dos primeras décadas del siglo XX. En 1909 se formó la Federación Obrera de Chile, cuyas aspiraciones eran de poco alcance. En su gestión interna estableció la ayuda mutua, créditos de consumo y mutuales de seguridad por enfermedades. Sus demandas fueron el arbitraje en los conflictos del trabajo y la jornada de ocho horas. Antes de una década había tomado un giro revolucionario y luego se proponía acabar con el sistema capitalista; en 1921, contando con cerca de 100.000 afiliados, adhirió a la Internacional Comunista.

### **Crisis de la sociedad liberal**

El avance económico del siglo XIX concentró masas proletarias en los puertos y las principales ciudades y a la vez produjo una emigración del campo a los centros urbanos. Se crearon de ese modo problemas en el trabajo y la vida de los sectores obreros.

La aparición de pequeñas organizaciones aisladas y sus demandas, aunque de sentido restringido, mostraron que había intranquilidad y que había surgido “la cuestión social”.

En 1890, una oleada de huelgas violentas en casi todo el país, dejó en evidencia que se estaba en una nueva situación.

Durante los primeros años del siglo XX, el descontento se mostró agresivo y hubo sucesos muy desgraciados, como la huelga de estibadores en Valparaíso en 1903, la revuelta en Santiago el año 1905 y la matanza de la Escuela Santa María en 1907.

Mientras el país vivía en una situación tan crítica, en los altos sectores de la sociedad y la política nadie parecía medir la gravedad de los males ni se buscaban soluciones reales que atacasen los problemas profundos. Se vivía en el juego de los partidos y las diatribas en el Congreso por asuntos personales y banderías políticas. La intervención electoral o la caída del ministerio eran los temas preferentes.

La vida social en los altos estratos transcurría fácil y alegre a ejemplo del mundo europeo. Era la *belle époque*, en que la despreocupación y las entreteniciones envolvían a las personas como si la humanidad hubiese alcanzado una felicidad que no se detendría.

Fue la Primera Guerra Mundial con el horror de los campos de batalla, la que puso punto a las ilusiones y lanzó las sombras a todos los ámbitos.

Por entonces se pudo comprender en Chile el abismo creado por la insensibilidad social y hubo escritores que pusieron el asunto en el tapete, entre otros Valdés Canje, Nicolás Palacios y Tancredo Pinochet, cuyos libros fueron quemantes.

Los círculos políticos, aunque dominados por la oligarquía, comenzaron a interesarse por la “cuestión social”; pero fue, por sobre todo, el ambiente de la clase media donde se desarrolló la comprensión de la situación del bajo pueblo, y a través de su accionar desde 1920, en que su actitud se tradujo en planteamientos políticos eficaces.

Recién comenzaba a consolidarse el sector medio y con ello la propia conciencia y su lucha, ampliándola a los sectores obreros.

## Vida de don Pedro

El 6 de febrero de 1879, pocos días antes de iniciarse la Guerra del Pacífico, nació en la aldea rural de Pocuro, cuatro kilómetros al sur de Los Andes, en el hogar de don Juan Bautista Aguirre y doña Clarisa Cerda. Eran campesinos de vida

modesta y apacible, que supieron inculcar al niño principios morales y un espíritu de esfuerzo<sup>7</sup>.

Siete fueron los hermanos varones, fuera de cuatro mujeres, que formados en la sobriedad y el rigor, alcanzaron títulos profesionales. El predio, una chacra o fundo de cuarenta cuadras, apenas daba para la mantención de la familia, de modo que el orden y la economía eran estrictos.

En un comienzo concurrí a la escuelita del pueblo y luego a la de la Calle Larga, un poco más lejana, que obligaba al uso del caballo.

Alberto Cabero, amigo y colaborador, evoca su figura de niño: “De fisonomía inteligente, menudo y ágil, vestía un traje azul mal cortado y de burda tela, pero abrigador, zapatos de suela gruesa, calcetines de lana; llevaba el cuello envuelto en una bufanda, cuyo rústico tejido demostraba a todas luces que había sido hecha al amor de la lumbre”.

El paisaje agrícola se le entró en el alma, como recordaría en años de madurez: “aún veo el paisaje familiar de mi primera infancia, los cerros de faldas boscosas, el cajón del río donde verdeguean siempre los potreros encerrados por sauces y alamedas, los huertos, los viñedos y sementeras de trigo y maíz... Hay muchas cosas, ideas, aspiraciones, afecciones de las que uno se apropia o que, de uno se apropian por la reflexión y convencimiento: el amor al campo, a la tierra, mi admiración por el trabajo agrícola, mi fe en su fuerza económica; yo los llevo en el alma y puede decirse que nacieron conmigo”.

No tiene nada de extraño, entonces, que durante parte de su vida se dedicase a estudiar el quehacer agrícola y lo plantease como parte importante de la política económica. Fue una actitud del corazón y del cerebro.

Desde la escuela de Pocuro se inició una carrera que avanzó con paso firme.

Los estudios siguieron en el Liceo de San Felipe, donde ejerció como inspector. Se tituló de bachiller en Humanidades y pasó al Instituto Pedagógico, titulándose de profesor de Castellano y Filosofía. Paralelamente estudio Leyes y recibió el título de abogado, habiendo elaborado como memoria “La instrucción secundaria en Chile”.

Se desempeñó como profesor en colegios particulares, en la Escuela de Suboficiales del Ejército, el liceo Barros Borgoño y el Instituto Nacional. Su curiosidad intelectual le impulsó a leer obras históricas sobre nuestro pasado y más adelante los libros de economía de Guillermo Subercaseaux, Frank W. Fetter,

---

<sup>7</sup> Alberto Cabero, *Recuerdos de don Pedro Aguirre Cerda*, Editorial Nascimento, Santiago, 1948, p. 368.

Francisco Valdés, Francisco Antonio Encina, Daniel Martner y Carlos Keller, autores que analizaban la economía del país con nuevas ideas.

El año 1910 recibió una comisión oficial para estudiar derecho y ciencias sociales en el Colegio de Francia, y economía política en la Sorbona, aprovechando la oportunidad para informarse de asuntos relativos a la agricultura y la industria en Europa, que luego le serían de gran utilidad.

A su regreso estableció un estudio de abogado con Armando Quezada Acharán, fue gran amigo y con quien compartía el interés por la economía. Comenzó, además, a participar en la política, siendo elegido diputado en representación del departamento de los Andes y luego por Santiago, y el año 1921 obtuvo la senaduría de Concepción.

Durante el gobierno de Juan Luis Sanfuentes ejerció el cargo de ministro de Justicia e Instrucción Pública. Participó en seguida de manera muy destacada en la campaña electoral que condujo a la presidencia de la república a Arturo Alessandri e integró su primer gabinete como ministro del Interior.

Adhería perfectamente al programa de reformas sociales y económicas del Presidente y propiciaba la emancipación de la mujer, el salario mínimo y el seguro obrero de invalidez.

Su posición era equilibrada dentro de un régimen democrático, como expresó en cierta ocasión: “No queremos la inhumana situación de infelices trabajadores que no obtienen lo necesario para su sustento ni tampoco la presión indebida de las masas contra el legítimo interés del capital”.

La dura lucha del Presidente por imponer las reformas y la oposición oligárquica desde el bastión del Senado, condujo, como es bien sabido, a una crisis que no demoró en arrastrar a los militares bajo la apariencia de un apoyo al mandatario. La presencia de ellos y el “ruido de sables” en la galería del Senado para protestar contra la ley de dieta parlamentaria, apresuraron el estado de cosas.

Ante aquella presión indebida, Aguirre Cerda, en su calidad de ministro del Interior, expresó en el Senado que el gobierno en ningún caso reconocía en ninguna entidad, principalmente en las instituciones armadas, que deben ser modelo de respeto y disciplina, el derecho de pretender con su presencia ejercer presión en la marcha de un proyecto de ley.

El movimiento castrense tendía a desbordarse, Alessandri cedió, renunció el gabinete y luego el mismo Presidente hizo abandono temporal del poder, dirigiéndose a Europa.

Los militares habían manifestado su desacuerdo con Aguirre Cerda y aunque las relaciones de éste con Alessandri se mantuvieron cordiales, desde entonces una trizadura les fue separando, sin llegar a una ruptura.

Sin compromisos oficiales nuestro personaje se dirigió a Europa, siempre con el deseo de conocer los métodos de producción y las estrategias económicas, especialmente en cuanto a la agricultura.

De nuevo en el país, vinieron los días de Ibáñez y su situación se hizo difícil. La dictadura deseaba alejarlo; pero en vez de una medida violenta, se le comisionó durante seis meses para promover la venta del salitre en España. Cumplida su misión, recorrió diferentes países y en París comenzó a ordenar sus papeles para la redacción de una obra en torno a la agricultura.

### El problema agrario

Publicado en París en 1929, el vasto ensayo titulado *El problema agrario* fue suscrito con el modesto título personal de profesor de Estado, y en una actitud muy significativa lo dedicó a Gabriela Mistral, dirigiéndole palabras que encerraban tanto el cariño por el agro como propósitos nacionales: “Al hablar en Chile sobre la forma de levantarnos espiritual y económicamente, estuvimos conformes en que había que empezar la tarea por la clase agrícola, que tan abnegadamente desempeña la función matriz en el desenvolvimiento colectivo, y fundar la escuela rural”.

En esas palabras confluían los recuerdos de Montegrande, colgado entre los cerros áridos del valle de Elqui, y de Pucuro en medio de las fértiles tierras de Aconcagua.

En su vida misma, Aguirre Cerda vivió ligado al mundo del agro, tanto en sus propias tareas como en las iniciativas de los hacendados. Fue copropietario de la viña Conchalí y dirigió sus trabajos. Desempeñó cargos y comisiones relacionados con la agricultura. En 1910 fue representante oficial en el Congreso Internacional de Agricultura en España, organizó en 1931 el Sindicato Nacional Vitivinícola, y en 1934, en Temuco, el Congreso de Agricultura. También el Congreso del Vino y la Exposición Nacional en Santiago.

Los viajes por el extranjero le pusieron en contacto con nuevas realidades. En 1918 visitó en los Estados Unidos varias universidades y colegios, dado su interés por las materias educacionales. En Francia conoció los trabajos del campo, pero fueron los de Dinamarca y Checoslovaquia los que llamaron más su atención por las políticas y las formas de organización en todo el proceso productivo y la comercialización. Los países de Europa gozaban de un extraordinario desarrollo en la producción agroganadera, debido en gran parte al propósito de superar el deterioro y la pobreza dejados por la Primera Guerra Mundial.

Al mismo tiempo, reunió una cantidad enorme de informes, publicaciones oficiales, impresos de congresos técnicos y libros relativos a las materias rurales, la industria derivada, los medios de transporte y la concurrencia a los mercados. Casi no hubo aspecto directo o relacionado con el campo que no le interesase.

El conocimiento de la agricultura chilena descansaba no sólo en experiencias directas y concretas de quienes se dedicaban a ella, sino también en estudios y recopilación de antecedentes que algunos tratadistas habían vaciado en diversas obras, existiendo, además, publicaciones gremiales periódicas, sin contar las de carácter público.

Entre los libros de varios autores, había estudios de indudable categoría. Uno de los más generales y globales era el de Teodoro Schneider, *La agricultura en Chile en los últimos cincuenta años*, (Santiago, 1904) aunque adolecía de cierta superficialidad. Más analítico y amplio en los enfoques era el de Moisés Poblete Troncoso, *El problema de la producción agrícola y la política agraria nacional*, (Santiago, 1919), que abarcó la estructura de la propiedad y su incidencia en la producción, señalando los inconvenientes de la excesiva concentración, los problemas sociales, las formas de organización de la explotación y el ausentismo.

Importante fue la aparición de *La Caja de Crédito Hipotecario*, Santiago, 1912, dos volúmenes, debida a Luis Barros Borgoño, director de la institución, que fue el organismo oficial de más amplia cobertura en los préstamos agrícolas.

Antiguos estudios, de carácter breve, habían sido aportados en relación con el trabajo y la vida de los campesinos, que fueron publicados a raíz de la Exposición Internacional efectuada en Santiago en 1875. Uno de ellos se debía a Lauro Barros, titulado *Ensayo sobre la condición de las clases rurales en Chile*, y otro a Marcial González, *Condición de los trabajadores rurales en Chile*.

Variados aportes sobre los trabajos, forma de organización, comercio, colonización y crédito se debieron a otros autores, cuyo detalle sería muy largo.

No pueden dejar de mencionarse diversas publicaciones periódicas que contribuyeron con informes y estudios de todo tipo, publicados por organismos gremiales y estatales. Uno de los más antiguos fue el *Boletín de la Sociedad Nacional de Agricultura*, que comenzó a ver la luz pública en 1869 e incluyó toda suerte de temas relativos al quehacer rural. La misma entidad publicó *Congreso Agrario Regional de Concepción*, Santiago, 1925. Por su parte, la *Inspección General de Tierras y Colonización* publicó sus memorias entre 1899 y 1913.

El Congreso Industrial y Agrícola editó con el mismo título, dos obras sobre el evento que propició en Santiago en 1899 y en Talca en 1905, que fueron novedosos

en cuanto informaban de la industrialización de productos agrícolas, un tema que preocupó a Aguirre Cerda.

Todas las publicaciones mencionadas debieron ser conocidas de Aguirre Cerda y del mismo modo las obras nacionales y extranjeras relativas a la economía en general, con sus ideas abstractas y teóricas; pero hay que reconocer que ellas no orientaron tanto sus ideas sobre la agricultura ni la industria, porque lo que primó en él fue el conocimiento directo de esas actividades y muy especialmente la observación y la información que recogió en los países del viejo mundo y en los Estados Unidos.

No se dejó llevar por la especulación de los teóricos ni las ideas revolucionarias, porque era un hombre pragmático que en la meditación apacible dejaba decantar sus ideas. Hay que imaginarlo en el retiro de su casa y de su estudio, robando tiempo al ajetreo de la política y de las actividades profesionales.

*El problema agrario*, bastante extenso y detallado, no es tanto un estudio de las labores concretas del campo y de sus elementos técnico, como podía ser el uso de abonos, la selección de especies vegetales y animales, los métodos de cosecha, la mecanización ni otros mil temas que eran conocidos, sino más bien la organización que debía conducir a la realización de tales funciones, a la capitalización de los productores y por ende al progreso del país.

Al comenzar su escrito, el autor manifiesta su propósito de poner el énfasis en los aportes que los intelectuales y los científicos habían realizado en los últimos tiempos para el desenvolvimiento económico y social, en parte sólo por el idealismo y por el bienestar humano y en parte para favorecer el progreso nacional y la hegemonía internacional de sus países. Se trataba de racionalizar la producción y el comercio agrícola.

Había un desequilibrio manifiesto entre ese esfuerzo particular y el del Estado para promover la ciencia y la técnica. “Los gobiernos, ya por insuficiencia de comprensión del progreso, ora por desconfianza en el valor utilitario de la ciencia, o por principios políticos nacidos del concepto liberal de gobierno, han seguido y aprovechado casi siempre con retardo la maravillosa evolución de la actividad particular, que muchas veces ni siquiera han tratado de coordinar para aumentar su eficacia”.

Nos engañaríamos, sin embargo, al creer que se refería a la aplicación práctica de nuevas técnicas en las tareas de la agricultura y la ganadería, que seguramente daba por concedidas, sino que se refería a aspectos organizacionales que favorecieran el abaratamiento de la producción, la competencia, la concurrencia al mercado y la comercialización. Con ello se favorecería a los hacendados, los campesinos y al país entero.

Queda en claro, que no era un estadista y que difería mucho de las tendencias socialistas y marxistas. Tampoco era un liberal del viejo estilo, ni se conformaba con la pasividad del *laisser faire*, aunque confiaba en el individuo, su iniciativa y su esfuerzo. Le guiaba un pragmatismo que cogía lo bueno de cada sistema siempre que condujese al progreso y el bienestar social.<sup>8</sup>

No le pasaba por la mente la idea de una reforma agraria, pero creía que las grandes propiedades no eran lo óptimo para un adecuado aprovechamiento del suelo y se inclinaba por propiedades medianas y aún las pequeñas de una y media a dos hectáreas, siempre que estuviesen situadas en las cercanías de las ciudades, que podrían abastecer con facilidad.

Consideraba que las propiedades grandes tenían la ventaja de conseguir créditos con facilidad y que en ellas el uso de maquinaria se facilitaba; pero a la vez estimaba que había un mal empleo de la mano de obra y que el campesino no salía de la condición más modesta. En la pequeña propiedad el campesino con la ayuda de sus familiares podía tener un buen rendimiento, aunque no tenía acceso al crédito ni empleaba los adelantos técnicos<sup>9</sup>.

Creía que la “colonización” en tierras alejadas debía ser estimulada o realizada por el Estado y que a éste correspondía también el establecimiento de campesinos modestos en pequeñas propiedades, constituyendo agrupaciones y cooperativas bajo la tuición oficial en los primeros tiempos<sup>10</sup>.

Ponía énfasis muy grande en las asociaciones de la gente del campo de todos los rangos, siendo las cooperativas las de mayor eficacia. Debían cumplir tareas de insumo, asesoría técnica, garantizar créditos y llevar a cabo la comercialización de los productos<sup>11</sup>.

Esas asociaciones, conjuntamente con el Estado, debían velar por la calidad de los productos, su estandarización, las formas y medida de los envases, el transporte adecuado y la prospección de los mercados internos y externos. En respaldo de las asociaciones, Aguirre Cerda se extendía en el ejemplo de diversos países europeos y los Estados Unidos, donde la producción y su rentabilidad habían llegado a niveles insospechados después de la Primera Guerra Mundial.

Indicaba, también, que era necesario preocuparse de la educación agrícola, y sugería que las escuelas se ubicasen ojalá en el campo, y abogaba por una mejoría en la condición de los campesinos.

<sup>8</sup> Pedro Aguirre Cerda, *El problema agrario*, p. 231 y siguientes.

<sup>9</sup> Aguirre Cerda, *ob. cit.*, pp. 239 y 244.

<sup>10</sup> Aguirre Cerda, *ob. cit.*, pp. 228, 245 y siguientes.

<sup>11</sup> Aguirre Cerda. *ob. cit.*, pp. 248 y siguientes.

Según su parecer, en los tiempos que corrían en Europa y los Estados Unidos habían tomado importancia organismos que representaban los intereses agrícolas y que incorporados a los aparatos del Estado, asesoraban a los gobiernos y a los cuerpos legislativos.

En *El problema agrario*, Aguirre Cerda no propiciaba ninguna política de realizaciones concretas, limitándose a difundir ideas y abrir posibilidades de acuerdo a sus experiencias y la información tan variada y rica obtenida en países extranjeros.

### El problema industrial

El pequeño ensayo relativo a la industria publicado en 1933, es hermano de *El problema agrícola*, aunque en los pocos años transcurridos, posteriores a la Primera Guerra Mundial, habían sucedido acontecimientos que modificaban la perspectiva general. Los países de la economía del centro acentuaban medidas para orientar el desenvolvimiento de sus tareas productivas y exportadoras, mientras el fascismo en Italia y el nazismo en Alemania entraban a una drástica transformación de la sociedad y la economía. La gran depresión iniciada en 1929 y sus trágicas consecuencias en todo el mundo, obligaban a tomar medidas en que el Estado debía ejercer un papel orientador y a veces interventor.

A medida que había analizado el desarrollo económico de las grandes naciones, especialmente Gran Bretaña, Alemania y los Estados Unidos, se había despertado en Aguirre Cerda un profundo sentido nacionalista. Había llegado a pensar que las declaraciones sobre la libertad de empresa en el plano internacional no eran más que una máscara que ocultaba un verdadero proteccionismo de parte de los estados más desarrollados.

Si bien don Pedro Aguirre creía en la libertad individual en el plano de la competencia interna, desconfiaba absolutamente del libre juego entre las naciones. Era un proteccionista y nacionalista.

“La escuela *Liberal*, afirmaba, llamada también *individualista* con su credo del dejar *hacer*, para que se establezca el dominio de las *leyes naturales*, que son para ella inmutables e indestructibles, ni ha logrado el favor político permanente de ninguna gran nación, ni siquiera el de los grandes partidos llamados *liberales*, aún en la tierra clásica del liberalismo: Inglaterra”<sup>12</sup>.

“El nacionalismo extremista, agregaba en otras partes, es el sentimiento y la política que domina en las grandes potencias”.

---

<sup>12</sup> Aguirre Cerda, *ob. cit.*, p. 18.

Frente a esa situación, criticaba las ideas reinantes en Chile: “Ha sido hasta hoy muy común entre nosotros que la Universidad, la Prensa, los Partidos Políticos y los Publicistas, se hagan eco de las publicaciones extranjeras, y esparzan el conjunto doctrinal de escuelas económicas, sin expurgar lo bastante para ver en ellas las influencias que en la práctica las modifican. Se nos presenta así un acopio de informaciones incompletas”<sup>13</sup>

La nueva situación no podía dejar de influir en el pensamiento de Aguirre Cerda, aunque su buen criterio y prudencia no le alejaban completamente de su confianza en el individuo y la libre empresa. Creía, sin embargo, que las prácticas individuales se desarrollaban con su espontaneismo desorganizado, que complotaba contra los buenos rendimientos y la mejora de la producción en calidad y cantidad.

Dotado de un fuerte sentido práctico, no entraba a discutir doctrinas abstractas y generales, sino que iba derecho a asuntos concretos relacionados con el quehacer económico y la necesidad de organizar las actividades. Repetidamente habla de la ciencia; pero ello no era más que la aplicación de medidas sencillas después del estudio y la racionalización.

En su pensamiento, era necesario crear las condiciones para un desarrollo industrial y por eso se extendió en numerosos aspectos destinados a promover la economía globalmente considerada.

Para entender el escrito de Aguirre Cerda referente a la industria es necesario comprender que el término “industria” no está referido tanto a la elaboración técnica superior de las materias, sino simplemente a toda actividad económica, así fuese la minería, el transporte, la energía, etc. no era sólo la elaboración fabril de productos finales, aunque todo debía confluir en ella.

En todo caso, su entusiasmo era muy grande: “todas las naciones modernas evolucionan con más y más intensidad hacia el tipo industrial. La industria es la base económica de las naciones, en la paz como la guerra”.

Insistiremos en que el planteamiento general y de carácter superior guía los pasos de nuestro autor, es la necesidad de racionalizar las tareas económicas, que entendemos como el deseo de superar las situaciones de hecho, poco meditadas y reemplazarlas por una reflexión analítica que condujese a una mejor utilización de los recursos y su manejo técnico. Después de todo, es una posición sencilla, y que no deja dudas al describir el fenómeno en Alemania: “El comité Racionalizador del Reich, centraliza y dirige los esfuerzos de una gran número de institutos consagrados a la racionalización: laboratorios de investigación, escuelas técnicas de

---

<sup>13</sup> Aguirre Cerda, *ob. cit.*, p.13

comercio, universidades, grupos de profesionales, asociaciones de ingenieros técnicos, sin perjuicio de investigar por comisiones especiales las cuestiones que se relacionen con la organización científica. La preparación del trabajo, el establecimiento del precio de coste, los métodos psicotécnicos de selección y formación profesional, se generalizan por conferencias, cursos, folletos, prensa, en las industrias mecánicas, técnicas, eléctricas, textiles, y en las empresas del Estado, como ferrocarriles, correos, etc.”

En los países rectores de la economía mundial, la racionalización era vista como una tarea esencial, ya fuese por iniciativa de los sectores interesados o función del Estado<sup>14</sup>. Con entusiasmo comentaba, que “Estados Unidos ha llevado al máximo la potencialidad de su maquinismo y la racionalización de sus empresas, y establecido organismos comerciales científicamente organizados”. Refiriéndose a la Secretaría de Comercio de los Estados Unidos, recordaba que era calificada “como la máquina de exportación más perfecta que hubiese en el mundo”. Ella se debía en gran parte al esfuerzo de Herbert Hoover, luego presidente de los Estados Unidos (1928-1933), cuyo programa al frente de la Secretaría, es resumida por un autor según cita de Aguirre Cerda: “La oficina de Comercio toma como punto de partida el actual régimen legal de los Estados Unidos y su reglamentación aduanera. Adaptará, perfeccionándoles siempre, todos sus rodajes a la expansión del comercio norteamericano. Buscará la mejora de todos los métodos en uso en la exportación. Informará a la industria norteamericana sobre los mejores procedimientos de los concurrentes. Reunirá sobre todos los países del mundo la documentación económica más completa posible para calificarla, estudiarla y tenerla en todo momento a la disposición de los importadores. Estudiará sistemáticamente los mercados exteriores, determinará su carácter, los deseos, las posibilidades... Señalará a los interesados las adjudicaciones en las cuales puedan tomar parte; las ocasiones de vender y aún de comprar; los métodos que han tenido éxito y beneficio; los medios de aumentar el comercio y la ayuda oficial de que podría disponer el exportador norteamericana en cada región”.

En el orden interno le llamaban la atención las funciones del U.S. Geological Survey, en cuanto eran una aplicación de la ciencia al desarrollo económico. Debía clasificar las tierras, su estructura geológica, estudiar los recursos minerales, las corrientes de aguas superficiales y subterráneas y supervigilar las concesiones mineras. Una sección estaba destinada a levantar mapas topográficos y geodésicos, y otra a investigar específicamente esas condiciones en Alaska. Gracias a esas tareas, habían podido utilizarse inmensas riquezas, pudiendo el país bastarse en la mayor parte de los productos minerales.

<sup>14</sup> En las páginas 25 a 39 de *El problema industrial*, Aguirre Cerda entrega ejemplos de los estudios y racionalización en Gran Bretaña, Alemania, Francia y los Estados Unidos.

Tanto en la *Agricultura* como en la *Industria*, Aguirre propiciaba el estudio y la aplicación de los conocimientos y la investigación científica, bajo la dirección del Estado a través de organismos públicos y semi públicos y la acción muy significativa de organizaciones privadas. Es lo que entendía como empleo de la ciencia en el desenvolvimiento económico.

En sus ideas confería una gran importancia al espíritu de asociación entre los empresarios que, en un sentido muy preciso, veía como una colaboración entre los de una misma actividad para atender problemas comunes y buscar soluciones. Tenía profunda fe en las cooperativas de consumo, que podían adquirir para sus miembros toda clase de insumos, tales como semillas, abonos, desinfectantes, herramientas, maquinarias y materias primas. También las cooperativas de ventas podían desempeñar un buen papel, estandarización de sus productos, venta en conjunto, comercialización y reducción de fletes. En esa forma podían actuar de manera ventajosa, quedando menos sujetos a las empresas de comercio, nacionales y extranjeras, que pretendían dictar la ley en los tratos.

Estimaba, también, que las asociaciones de empresarios, debidamente institucionalizadas, debían colaborar y aún tener injerencia en las instancias gubernativas, llegando a mostrar como ejemplo el de Inglaterra antes y después de la Gran Guerra. El conflicto había obligado a Gran Bretaña a poner bajo el control del Estado la industria y el comercio, como lo habían hecho todas las potencias del mundo. “La experiencia demostró que si el estatismo tiene muchos inconvenientes también tiene ventajas”.

Luego de la guerra, Inglaterra había sufrido la competencia alemana, como había sostenido lord Balfour en su célebre informe sobre la situación económica, que Aguirre Cerda glosaba con brevedad: “las industrias tradicionales, con la excepción de las del fierro y acero, habían tenido antes de la guerra un gran poder de expansión; pero las industrias nuevas, especialmente algunas ramas de la producción, habían pasado parcialmente al control alemán. Y, fenómeno sin precedentes en la historia del comercio británico, los comerciantes ingleses eran victoriosamente combatidos y expulsados de ciertos mercados exteriores cada día más numerosos, gracias a métodos nuevos y perfeccionados, especialmente por los alemanes”.

Aguirre Cerda se refería a la importancia tomada por las corporaciones que reunían a productores, comerciantes y obreros, que en Alemania e Italia parecían destinadas a incorporarse como organismos políticos. Era la tendencia fascista y nacistas a formar estados corporativistas.

Sin embargo, se mostró escéptico frente a esa posibilidad y anotaba que con excepción de Rusia, Italia y España, ninguna gran potencia había pretendido reemplazar sus organismos parlamentarios, sino que más bien habían cimentado la forma tradicional de representación.

Como es fácil comprender, el futuro presidente valoraba enormemente la necesidad de contar con buenos científicos, técnicos y administradores y una mano de obra especializada, todo lo cual era parte de un buen sistema educacional, cuyos fines, contenidos y métodos requerían de una transformación y especial atención de parte del Estado.

Le preocupaba también la suerte de los campesinos y los obreros, su nivel de vida y costumbres. Creía que las condiciones del trabajo podían ser aliviadas, obteniendo a la vez un mejor rendimiento. Hacía suyas las ideas del *taylorismo* y sus afanes de mejorar las condiciones del trabajo, hacerlo menos penoso y más fácil para los hombres. Tomaba como ejemplo el de la pala, que después de varios estudios y experiencia adquirió formas y peso adecuado, traducidos en labores menos penosas y en una mayor eficacia en la manipulación<sup>15</sup>.

En numerosas páginas de sus escritos denuncia el imperialismo de las grandes potencias, que se encargaban de proteger sus fuentes de producción valiéndose de tarifas aduaneras protectoras y procedimientos arbitrarios para rechazar productos extranjeros bajo pretexto de considerarlos defectuosos y nocivos en el caso de los bienes agrícolas.

El fenómeno comenzaba internamente en los países desarrollados, donde los productores se asociaban para dominar los mercados mediante una acción coordinada, como ocurría con los *kartells* alemanes, los *trust* de amplio origen, las *combinaciones* y toda clase de *ententes* o acuerdos. Tales organizaciones procedían también en el plano internacional, con el apoyo abierto o velado de sus gobiernos.

Correspondía enfrentar esas estrategias en los países pobres con la creación de asociaciones en la defensa de la propia economía, que podía ser respaldada por el Estado.

No cabía duda de que don Pedro era un nacionalista y hacia allá tendían sus planes; que no se vinculaban tanto con la teoría económica, sino más bien con las realizaciones concretas de una política económica.

### **El momento histórico**

Desde comienzos del siglo se habían difundido ampliamente en los círculos intelectuales y políticos las nuevas ideas económicas que propiciaban la intervención del Estado en forma absoluta o moderada. Conjuntamente se manifestaban las ideas sociales y las reivindicaciones.

---

<sup>15</sup> Aguirre Cerda, *ob. cit.*, p. 98

En Chile se habían efectuado numerosas publicaciones sobre esos temas, que indudablemente influyeron en las obras de Aguirre Cerda. Entre las más amplias y sistemáticas, sin contar las de carácter teórico, deben mencionarse las siguientes: Malaquías Concha, *La lucha económica* (1909); Tancredo Pinochet Le Brun, *La conquista de Chile en el siglo XX* (1909); Moisés Poblete Troncoso, *El problema de la producción agrícola y la política agraria nacional* (1919); Guillermo Subercaseaux, *Historia de las doctrinas económicas en América y en especial en Chile* (1924); Daniel Martner, *Historia de Chile: historia económica* (1929); Santiago Machiavello Varas, *Política económica nacional. Antecedentes y directivas*, 2 vols. (1931).

La última de esas obras ofrece algunos puntos de contacto con las ideas de Aguirre Cerda, sin que sea posible establecer quien influyó sobre quien, aunque es muy posible que intercambiasen puntos de vista muy estrechamente.

En las décadas de 1920 y 1930 el pensamiento político y económico oscilaba entre la antigua concepción liberal y la socialista. La primera confiaba en las leyes naturales e inmutables que tenían su realización en un ambiente de libertad, en que al Estado sólo correspondía velar por el orden social, la libertad del individuo y la defensa nacional. El individuo debía luchar por sus intereses en el campo económico, en una régimen de libre concurrencia en que se imponían los más capaces, resultando beneficiada, al fin, la sociedad entera.

En el socialismo, pasando por encima de las leyes naturales, al Estado correspondía remediar las injusticias sociales y la pobreza mediante la intervención en los procesos productivos, el control de la propiedad, el establecimiento de la propiedad colectiva y la redistribución de la riqueza. En esos aspectos había diversos matices, pero en todos correspondía al Estado orientar la vida de la sociedad.

Aguirre Cerda en *El problema agrícola* y *El problema industrial*, como en sus planes gubernativos, se mostró en esencia muy cercano al liberalismo, pero también propiciaba la intervención del Estado en el desarrollo de la economía, a través de medidas de fomento que debían redundar en una mayor justicia social. También en sus planes había un fuerte sentido nacional para contrarrestar el predominio del capital internacional.

En estas últimas ideas no había tanto el influjo del socialismo ni del marxismo, sino más bien la observación de la realidad chilena y la europea y la lectura de informes y otros de carácter más técnico que ideológico.

En su posición había un fuerte pragmatismo y realismo. Utopismo y fantasías no cabían en su mente. Pisaba en la tierra y de ahí surgían sus concepciones.

Algunas palabras suyas denotan la adhesión a las tareas individuales, llegando a la admiración y aún al tono poético, como se ve en el discurso inaugural del

Congreso Agrícola de Temuco, año 1934: “Toda nuestra agricultura la constituye el esfuerzo del agricultor: el dominio de la selva enmarañada por medio del fuego, el tránsito de los ríos caudalosos, la horadación de las montañas y la apertura de los canales; todo lo ha dominado con su brega constante; pero ¡con cuanto sacrificio! debe levantarse con el alba, pasar horas de horas sobre el lomo del caballo al sol y a la lluvia, vigilando día y noche el riego de los sembrados, hacer guardia permanente para evitar el robo y el asalto y todavía no puede enfermarse por carecer de asistencia médica y gratuita y no existir para él jubilación ni desahucio”.

Su propia vida, en gran parte, estuvo identificada con el quehacer individual, fuese en los trabajos de la viña Conchalí o en las tareas gremiales que acogían a los empresarios rurales. Promovió en 1931 la creación del Sindicato Nacional de Vitivinicultura, la realización del Congreso del Vino en Santiago y la Exposición Nacional del Vino. Fue, además, miembro en los directorios de varias sociedades anónimas.

Mediando el antagonismo entre el pensamiento liberal y el socialista, don Pedro optaba por una solución más cercana al primero, aunque reconocía que su ejercicio indiscriminado acarrearba problemas sociales. En *El problema agrícola* fijaba una posición propia, que desarrolló ampliamente: “Entre las dos tendencias extremas –la *liberal*, con su ‘dejar hacer’, que en el estado actual supone la perpetuación de un régimen desigual que se va acentuando más y más por fuerza de los intereses creados, y la *socialista*, que pretende corregir los fenómenos económicos y sociales por la ejecución directa del Estado, que regularmente no es un buen gestor de negocios y que no puede aprovechar las fuerzas privadas nacidas del interés individual– se presenta la tendencia corporativa, que organiza las actividades particulares, aprovecha el esfuerzo interesado de éstas y lo orienta y controla como representante de la comunidad”.

Hacia el año 1930, antes y después, los nuevos pensamientos económicos y sociales estaban en efervescencia y arrastraban a la política por altibajos en apariencia caótica, ocurriendo cambios gubernativos acelerados<sup>16</sup>. A la administración de Arturo Alessandri Palma, nacida en 1920 bajo el movimiento social de clase media y del proletariado, le sucedió el golpe militar de 1924 y la Junta presidida por el general Luis Altamirano, que a su vez fue seguida por la que presidio Emilio Bello Codesido. Habiendo reasumido Alessandri, tampoco pudo terminar su período, por intervención de Carlos Ibáñez y le sucedió Emiliano Figueroa Larraín, que a su vez se vio impelido a renunciar por la presión de Ibáñez. Este último fue elegido presidente y gobernó en forma autoritaria, atropellando la juricidad. Un movimiento general determinó su caída en julio de 1931. Fue sucedido por los

<sup>16</sup> Interesantes puntos de vista han sido expuestos por Raúl Atria en “Tensiones políticas y crisis económica: el caso chileno”, *Estudios Sociales*, N° 1, Santiago, marzo de 1973.

vicepresidentes Juan Esteban Montero y Manuel Trucco Franzani. El movimiento civilista, encarnado en toda la nación, eligió presidente a Montero, que inesperadamente y sin causa atendible fue derribado por un golpe militar el 4 de julio de 1932. Una junta presidida por Carlos Dávila tomó el poder y sufrió algunas transformaciones, siempre bajo la presidencia de Dávila, que se mantuvo cien días. El descontento nacional y un movimiento iniciado en Antofagasta por el general Pedro Vignola, permitió que asumiese en calidad de vicepresidente Abraham Oyanedel, presidente de la Corte Suprema. Convocado el país a elecciones, resultó elegido Alessandri, que gobernaría hasta 1938 para ser sucedido por Aguirre Cerda.

En el primer tiempo de esas vicisitudes se efectuaron transformaciones económicas y sociales que coincidían con las ideas de Aguirre Cerda. Entró en vigencia la Ley de Instrucción Primaria Obligatoria. Importante fueron las leyes de sentido social, que favorecieron al elemento obrero y a la clase media, auspiciadas por Alessandri, apoyadas por Aguirre como ministro del Interior, y que fueron impuestas por el movimiento militar de 1924. Luego fue creado el Banco Central con el fin de regular el circulante y el crédito.

Durante el gobierno de Ibáñez se desencadenó una política de fomento y protección, a veces precipitada y con poco estudio, que involucraba un fuerte reformismo. Su enumeración es sorprendente: Consejo de Fomento Carbonero, Caja de Fomento Carbonero, Ley de Reserva Nacional del Petróleo, Superintendencia del Salitre y Yodo, Caja de Fomento Salitrero, creación de la COSACH o Compañía de Salitre de Chile, Ley de Colonización para el Territorio de Magallanes, Ministerio de Fomento para el desarrollo de la minería, agricultura, transporte y comercio, Caja de Crédito Agrario, filial de la antigua Caja de Crédito Hipotecario, Ley de Cooperativas Agrícolas, Ley de Tribunales del Trabajo, Superintendencia de Bancos, Superintendencia de Compañías de Seguros, Caja Reaseguradora, Ley de Reserva Nacional del Cabotaje, Inspección General de Exportaciones, etc.

Muchas de esas transformaciones eran coincidentes con el pensamiento de Aguirre Cerda; pero él no estuvo de acuerdo con el gobierno de Ibáñez. Sin embargo, indirectamente creía que había que apoyarlo para evitar mayores problemas institucionales y que la derecha se aprovechase de la situación. La dictadura no lo miraba con simpatía y en lugar de exiliarlo le encomendó la comisión en España que ya hemos mencionado. A su regreso fue designado presidente del Consejo de Defensa del Estado, manteniéndose en una posición estrictamente profesional. En todo caso, el presidente Montero diría que “había que tirarle las orejas”.

Toda la información relativa al confuso periodo de 1920 a 1932, muestra que ya se había avanzado bastante en el camino que luego proseguirían don Pedro Aguirre Cerda y el Partido Radical.

## Hacia el gobierno

Mediando los efectos de la Primera Guerra Mundial y de la crisis económica desatada en 1929, el convulsionado mundo europeo se polarizó entre el fascismo y las tendencias populistas. Estas últimas se unieron para enfrentar al primero y buscaron el apoyo de sectores intermedios, especialmente de clase media.

De esa manera surgió el Frente Popular en Francia el año 1936, compuesto por radicales, socialistas y comunistas, hasta desintegrarse dos años más tarde. Su accionar estuvo determinado por algunas reformas, pero no tuvo un carácter revolucionario. Los comunistas no formaron parte del gobierno y finalmente fueron perseguidos.

La gestión gubernativa no logró establecer la tranquilidad pública, mientras la economía acusaba un serio deterioro. Posteriormente se le atribuyó el desconcierto en la realidad política y social y la existencia de un ambiente de incertidumbre, que fue parte de la derrota frente a Alemania.

Paralelamente, en España también se estableció un Frente Popular, aunque allí el cuadro era muy duro por el rastro dejado por la dictadura derechista del general Miguel Primo de Rivera, la caída de la monarquía, la desastrosa lucha en Marruecos, el regionalismo catalán y el vasco y la turbulencia durante la república.

Constituido por republicanos, socialistas, trostkistas, sindicalistas, anarquistas y comunistas, que conformaban un conjunto muy heterogéneo y hasta contradictorio entre sus elementos, el Frente Popular ejerció el poder en el primer semestre de 1936. Reinó el caos: en todas partes hubo disturbios, bandas de campesinos ocuparon tierras, grupos de bandoleros cometieron crímenes, iglesias y monasterios fueron saqueados, e igualmente casas y establecimientos de los empresarios.

Esa situación concluyó con el movimiento encabezado por el general Francisco Franco y su gobierno, que impuso el orden por la fuerza. En marzo de 1939 concluyó toda resistencia.

Los frentes populares fueron concebidos como agrupaciones pluripartidistas en que las fuerzas de izquierda se unían con otras de índole progresista para oponerse a los movimientos fascistas. Bajo ese pensamiento se formó en Chile el Frente Popular.

La iniciativa para formar ese conglomerado provino del Partido Radical por acuerdo de la Asamblea celebrada en Santiago el 21 de febrero de 1936.

En la exposición de motivos se señalaban numerosas consideraciones. En España el Frente Popular acababa de tener un resonante triunfo e igualmente en Francia. En China, Brasil, México, Paraguay, Venezuela, Cuba, Argentina, Colombia y

Ecuador, los movimientos sociales avanzaban. En Chile, de hecho funcionaba en el parlamento una coincidencia en planteamientos de izquierda.

“El Partido Radical –se señalaba– por su programa, por sus gloriosas tradiciones y por su composición social, es un partido eminentemente popular y, por lo tanto, está en la obligación ineludible de defender, cueste lo que costase, los intereses nacionales y los derechos del pueblo”. Más aún, se comentaba que la Convención de Viña del Mar había reconocido la lucha de clases, y que las riquezas fundamentales del país habían pasado a manos del capitalismo extranjero, que disponía de privilegios irritantes. Ello se debía a “la traición de una oligarquía reaccionaria, vendida al oro de Londres y Nueva York”.

Era importante “salvar al proletariado, a los campesinos y a todo el pueblo de las consecuencias del hambre, la miseria y las enfermedades... y salvar al comercio, la industria y la agricultura de la ruina a que están condenados por la nefasta política del gobierno”.

Concluía la asamblea indicando la necesidad de formar un amplio Frente Popular e instando a la Junta Central del Partido para trabajar por su creación. La idea fue aceptada por la Junta y el 26 de marzo se constituyó el primer comando del Frente, formado por los partidos Radical, Socialista, Democrático y Comunista, más la Confederación de Trabajadores de Chile<sup>17</sup>.

En esos ajetreos, Aguirre Cerda no tuvo un papel activo y durante algún tiempo fue contrario a la participación en el Frente Popular, sin que estén claras sus razones<sup>18</sup>. Habría pesado la conveniencia de no apartar al partido del gobierno de Alessandri y nos atrevemos a pensar que el lenguaje violento y demagógico en uso por el extremismo no se conformaba con su pensamiento sereno y elevado que había mostrado durante toda su vida.

Comentando estas circunstancias, Florencio Durán Bernal, que lo conoció íntimamente, anota: “Era hombre de estudio, reposado, tenía fe en la acción ordenada y en el método. Sabía, por otra parte, que la tarea de un gobernante requiere concordia y buen entendimiento en todos los sectores de la nación, incluso en los que no compartían sus ideales.

Por eso Aguirre Cerda rechazaba, desde el primer momento, el proyecto de reunir en un Frente Popular, al estilo del que se había organizado poco antes en Francia, a los partidos de izquierda bajo la inspiración del Partido Comunista.

<sup>17</sup> Un estudio analítico sobre la agrupación en John R. Stevenson, *The Popular Front*, Pennsylvania, Editado por la Universidad de Pennsylvania, 1942.

<sup>18</sup> Florencio Durán Bernal, *El Partido Radical*, Editorial Nascimento, Santiago, 1958.

Buscó la colaboración y la influencia de sus mejores amigos para demostrar la improcedencia de incorporarse a un movimiento de esa índole, como plataforma de su candidatura presidencial.”

Pero después de todo, muchas de las ideas en juego coincidían con su manera de pensar en materias económicas y sociales, que había expuesto en *El problema agrario* y en *El problema industrial*.

Era la oportunidad de llevarlas a cabo.

Por esos años, la figura de Aguirre Cerda era una de las más destacadas en el radicalismo y en la vida nacional, después de una existencia dedicada a las cuestiones públicas y al estudio. No fue extraño, entonces, que el Partido Radical lo proclamara candidato a la presidencia el 16 de enero de 1938, en un acto realizado en el Teatro Municipal.

En esa ocasión manifestó que “ampliar y fortificar la democracia es mantener el único sistema igualitario moralmente posible”. Aludió, además, al sentido social reivindicador de la época y manifestó su confianza en el Frente Popular: “Hace cerca de veinte años, ha prendido en el pueblo el deseo incontenible de salir de la postración que lo angustia, de reclamar perseveradamente sus derechos a una vida civilizada y mejor, y no obstante el egoísmo y la resistencia de muchos jefes políticos, que desearían mantenerlo en la sumisión, ha prosperado la tendencia renovadora y en las fuerzas de avanzada ha cristalizado la combinación sobre la base del Frente Popular”.

Tres meses después, una asamblea del Frente proclamó como su candidato a Aguirre Cerda, en medio de un entusiasmo delirante, que auguraba el triunfo futuro. Don Pedro, sin embargo, cometió un error que significaría muchas reprimendas entre sus opositores: se mostró con el puño en alto, en un símbolo que sugería el stalinismo. Fue inútil que explicase su actitud: “este puño levantado con que saludamos el despertar de una nueva conciencia no es signo de violencia contra la Constitución ni representa el odio; es sólo una amenaza contra la miseria y la desigualdad social”<sup>19</sup>.

La explicación no era muy convincente y acentuó los temores en los altos sectores.

La campaña electoral fue dura y tenaz. Su rival, Gustavo Ross Santa María, aparecía frío y distante, pero tenía el favor de los altos círculos sociales, con toda su riqueza y poder social y parte de la clase media, que tenían conocimiento de

<sup>19</sup> Cabero, *ob. cit.*, p. 162.

los desmanes del Frente Popular en España y temían que semejantes hechos se repitiesen en Chile.

Se temió la revuelta popular, el desorden en la sociedad, los ataques a la Iglesia, el Estado invadiéndolo todo, las medidas económicas desastrosas y la pérdida definitiva de la convivencia y del sistema institucional.

El triunfo del frente Popular fue más bien estrecho: 222.720 sufragios contra 218.609 de la derecha. Pero el triunfo era el triunfo y Aguirre Cerda asumió en medio del delirio popular.

El gobierno victorioso “bajo la inspiración radical y la autoridad de Aguirre Cerda –escribe un contemporáneo– no buscó únicamente un alivio momentáneo a las angustias de la clase obrera. Planificó una gran empresa nacional, capaz de transformar desde las raíces, la estructura orgánica de nuestra democracia y de procurar a los conflictos sociales una solución durable y permanente”<sup>20</sup>.

Sin embargo, las desilusiones no tardaron en llegar para el Presidente. Vivió en continuas disputas con la Junta Central de su partido; los comunistas, que no tuvieron ningún ministerio y sólo cargos en la administración, no demoraron en apartarse del gobierno y crear dificultades, el Partido Socialista se mostró descontento por la marcha lenta de las reformas. La oposición estuvo implacable, pero fueron las diatribas dentro del Frente Popular, las que oscurecieron el panorama. En poco más de dos años, se sucedieron diez gabinetes, sin contar cambios parciales. En un momento el mandatario tuvo firmada su renuncia.

Mientras tanto, una grave enfermedad termina postrándolo y fallece el 25 de noviembre de 1941.

En menos de tres años, pudo comenzar una tarea que marcaría profundamente la vida social y la economía del país. Ahí quedaban la Corporación de Reconstrucción y Auxilio, la Corporación de Fomento de la Producción y creaciones concretas, como las plantas hidroeléctricas de Abanico, Sauzal y Pilmaiquén, dejando marcado el impulso que luego seguirían la ENDESA, la ENAP, la usina de Huachipato, la fundición de Paipote y otras creaciones que significaron una transformación de la economía nacional.

Es indudable que *El problema agrícola* y *El problema industrial* habían quedado atrás. Aguirre Cerda había dado algunos pasos adelante, acomodándose a una nueva realidad conceptual.

---

<sup>20</sup> Durán Bernales, *ob. cit.*, p. 174.

## Bibliografía

- Aguirre Cerda, Pedro, *El problema agrario*, París, 1929.
- Aguirre Cerda, Pedro, *El problema minero*, Santiago, 1933.
- Atria, Raúl, “Tensiones políticas y crisis económica: el caso chileno”, *Estudios Sociales*, N° 1, marzo de 1973.
- Barros Borgoño, Luis, *La caja de Crédito Hipotecario*, Santiago, 1912.
- Barros, Lauro, *Ensayo sobre las condiciones de las clases rurales en Chile*, Santiago, 1875.
- Cabero, Alberto, *Recuerdos de don Pedro Aguirre Cerda*, Editorial Nascimento, Santiago, 1948.
- Concha, Malaquías, *El programa de la democracia*, Santiago, 1894.
- Courcelle-Seneuil, José Gustavo, *Traité theorique et pratique d'economie politique*, 2 tomos, Editorial Guillaumin, París, 1859.
- Durán Bernal, Florencio, *El Partido Radical*, Editorial Nascimento, Santiago, 1958.
- González, Marcial, *Condición de los trabajadores rurales en Chile*. Informe al Directorio de la Exposición Internacional de 1875, Santiago.
- Jobet, Julio César, *Ensayo crítico del desarrollo económico-social de Chile*, Editorial Universitaria, Santiago, 1951.
- List, Friedrich, *Sistema Nacional de Economía Política*, México, 1942.
- Machiavello Varas, Santiago, *Política económica nacional*, Santiago, 1931.
- Mill, John Stuart, *Principles of Political Economy*, Nueva York, 1965.
- Poblete Troncoso, Moisés, *El problema de la producción agrícola y la política agraria nacional*, Santiago, 1919.
- Schneider, Teodoro, *La agricultura en Chile en los últimos cincuenta años*, Santiago, 1904.
- Stevenson, John R., *The Popular Front*, Universidad de Pennsylvania, Pennsylvania, 1942.
- Vargas, Juan Eduardo, “La Sociedad de Fomento Fabril”, *Historia*, N° 13, 1977.
- Villalobos, Sergio; Sagredo, Rafael, *El proteccionismo económico en Chile. Siglo XIX*, Instituto Profesional de Estudios Superiores Blas Cañas, Santiago, 1987.